

cribir— es, quizá, su mayor deleite, verdadera pasión. En la línea del pensamiento orteguiano, considera a la cultura como cultura «vital»: en la radical inseguridad de la existencia se le presenta como un asidero, como salvación. Aunque primordialmente es un esteta, un artista de la palabra, y, por lo tanto, su originalidad estriba más en la fruición artística con que hace suya una idea que en la novedad de ésta, el pensamiento ocupa rango elevado en su creación, es fuerte sustentáculo de ésta. En amorosa relación con sus autores favoritos, aquellos que hacen del ser humano, de su vida espiritual, primordial preocupación—Gracián, Goethe, Juan Pablo Richter, Heine, Kierkegaard, Nietzsche, Renan, Max Scheler y, muy especialmente, nuestros Ortega y Unamuno, por sólo citar algunos nombres de los pensadores leídos más «cordialmente»—, va extrayendo ideas, que en consonancia con sus más íntimas actitudes vitales, le ayudan a ir configurando, intelectualmente, su concepción del mundo. Jarnés no siente el mínimo empacho en admitir y confesar influencias; influencia, para él, equivale a «fluir en», deslizarse, filtrarse algo hasta el corazón (3). La mayor incitación intelectual la recibe de Ortega, «máximo excitador hispánico». Bajo el estímulo del maestro y de otros pensadores de la época, allegados a él por medio de las publicaciones de la editorial de la *Revista de Occidente*, en su colección «Nuevos hechos, nuevas ideas», su pensamiento va enriqueciéndose, estructurándose su obra en torno a una concepción ideológica bien definida. Su creación, pasada una primera fase, 1924-1929, aproximadamente, fase de juventud literaria en que el autor se ocupa, primordialmente, de propagar y realizar artísticamente los valores del arte nuevo, se orienta ahora, en plena madurez, al filo de los años treinta—años de deflación estética, de enrarecimiento político-social—, hacia una ética del ser, basada en la realización del proyecto. Del «llega a ser lo que eres» pindárico hace—siguiendo a Ortega y Scheler—postulado esencial de la concepción ético-metafísica que alienta en su obra. Guiado por el espíritu, «supremo resorte vital», según su definición, el impulso, el instinto vital, debe encaminarse en un proyecto de vida ascendente hacia la plenitud del ser. El «hombre plenario», el «todo hombre» de Scheler tiene su contrapartida en «todo el hombre» (4), el ser humano integral que, a partir de 1930, aparece reiteradamente en la obra jarnesiána como ideal artístico y de vida.

(3) «Debemos admitir y confesar todas las influencias: debemos rechazar todo mero contagio. Nos lo dicen las mismas palabras fluir en, deslizarse, filtrarse algo hasta el corazón», escribe en *Fauna contemporánea*, p. 188.

(4) «Algo más que todo un hombre: todo el hombre», nos dice en *Teoría del zumbel*. Espasa-Calpe, 1930, p. 31.

Contrario a los que sostienen que la obra de Jarnés no dice nada, posiblemente por no haberla leído, la creación jarnesiana, en esta segunda fase, nace de un sentido «compromiso» por defender los valores vitales del espíritu—quizá la palabra más repetida en su léxico—y de la cultura. Su obra novelesca encierra una fuerte repulsa, no menos eficaz por ir diluida en los primores del arte, en el humor y la ironía, de las fuerzas anuladoras del ser y la personalidad que coartan la libertad humana. En *El convidado de papel* y *Lo rojo y lo azul* hay una dura sátira del seminario y del cuartel, instituciones acartonadas—«colmena», «fábricas de autómatas»—, aniquiladoras de toda individualidad. En *Paula y Paulita* se burla de la chabacanería del industrialismo, de la concepción utilitaria de la vida encarnada por la «empresa» de los baños de «aguas vivas», en realidad el balneario de Alhama de Aragón. En *Teoría del zumbel* zahiere la mojígata y pusilánime moral burguesa. En *Locura y muerte de nadie* nos presenta la situación del hombre en la sociedad maquinista y de las masas, reducido a ser funcional. En *Lo rojo y lo azul* condena el ideal de la vida burguesa y el ideal, tan extendido en los años treinta, de la revolución político-social, en nombre de una revolución de sentido ético.

Frente al individualismo burgués y la socialización del hombre, «do colectivo», la generación europea de esta época—la de Scheler, Ortega y Martín Buber—pone su esperanza en una vida social personal y comunitaria. Igual esperanza alienta en la obra de Jarnés. Hay en ella, en los años críticos de la década del treinta, una llamada a la comunidad entre los seres, basada en la relación dialógica, en un «sincero frente a frente del hombre con el hombre», para usar sus palabras; una llamada a una vida social fundada en el sentimiento de amor, en el co-sentir con el prójimo: «La vida social legítima—nos dice—no puede tener por raíz una voluntad de justicia, sino el sentimiento de amor... Hombre social es aquel para quien existe el prójimo, un yo para quien el tú existe, un tú con quien poder sentir. Y obrar partiendo del mismo sentimiento» (5). Palabras que cobran dramático patetismo a la luz de la fecha en que se escribieron, 1935, cuando nuestra nación, minada por el radicalismo y el sentimiento de odio, está al borde de la lucha fratricida. La concepción de «comunidad vital», de relación amorosa entre los seres, postulada por Jarnés en sus ensayos, la vemos desarrollada artísticamente en sus libros centrados, todos, en la aventura amorosa. En ellos, el ser femenino—el «ánima», según la concepción de los arquetipos de Yung, «ser vivo», «espontaneidad síquica», «impulso vital

(5) *Feria del libro*, p. 212.

caótico»—encarnado en las mujeres de su obra, «seres mágicos» con frecuencia para subrayar su carácter mítico-simbólico, sale alegremente al encuentro del personaje masculino, personificación, a su vez, del intelecto, de la vida racional, fundiéndose con él en la unión amorosa. Reelaboración del mito de Psique y Cupido que ilustra alegóricamente el lema que preside la ética y la estética jarnesiana, «con la gracia y la inteligencia», pues, en la armoniosa compenetración de lo vital y lo racional, la vida impulsiva y la del espíritu estriba—según el pensamiento al que se adscribe—la plenitud del ser.

En los años de su madurez, los de la década del treinta, cultiva con especial predilección la biografía y el ensayo ideológico, ambos géneros en función de los temas que ahora, acentuando la vertiente ética sobre la estética, presiden su creación: el de la preocupación de España y el perfeccionamiento del individuo. Secundando el llamamiento de la «Agrupación al servicio de la República», al cual se adhiere, su obra adquiere un sentido político—la política vista desde la altura de la contemplación—de defensa y propagación de la causa republicana. No tanto del régimen que a los pocos meses de instaurarse aparece ya abocado al fracaso, víctima propiciatoria del partidismo, sino de un ideal republicano propugnado por los intelectuales de la «agrupación»: una república unitaria, integrada por todas las clases productoras de la nación, unidas por la común tarea de la plenificación de España. En la línea del pensamiento en que se instala, el ideario político de nuestro autor tiene un claro sentido ético: la transformación moral del individuo se antepone a todo otro cambio fundamental. En sus escritos incansablemente predica el perfeccionamiento individual, la «óptica de la magnanimidad».

La moral jarnesiana, de vocación y perfección como la de Ortega, es—al igual que la de éste—una moral de felicidad, de aspiración a ella, ya que, como escribe Jarnés: «Toda la naturaleza nos enseña que el hombre ha nacido para ser feliz.» La alegría y la felicidad se ofrecen, no obstante, sólo a los seres que, por encima de todos los contratiempos y sufrimientos, afirman su vida, se sienten dueños de sí. Son un estado—estado de gracia—al que se llega después de un arduo camino de perfección, de un ejercicio ascético de superación. «... el don de la alegría, del júbilo interior, sólo se concede a quien ha luchado contra lo adverso, a quien supo alzarse encima de toda contingencia dramática» (6), nos dice Jarnés con palabras en las que

(6) *Libro de Esther*. Espasa-Calpe, 1935, p. 168. El lema «A la alegría por el dolor» aparece repetidamente en Jarnés, presidiendo su concepción. Curiosamente este escritor tachado de deshumanizado se adelanta en varios años a uno de los poetas «humanos», José Hierro, cuyo libro *Alegría* se estructura sobre este lema goethiano.

late viva su propia experiencia, pues toda su existencia es una denodada lucha contra «demonios interiores y exteriores» para alcanzar ese estado de gracia, al que se remonta por el camino de perfección que nos señala en su libro *Eufrosina o la gracia*. Leyendo los cuadernitos de apuntes del autor vemos—lo que ya sospechamos por sus libros—cómo su espíritu oscila del «naufragio» al «retoñar». Frecuentemente se ve presa de la depresión, abocado al tedio, la abulia, la fatiga y hasta la muerte. Fuerzas negativas, «clamores» que invaden el espíritu, oponiéndose a esa vida de plenitud que el autor, con tanto empeño propugna en sus libros, libros escritos en ese difícil estado de júbilo interior—de gracia artística y humana—al que llega después de sobreponerse, tras denodada lucha, a estados de íntimo desasimiento. Las «escenas junto a la muerte» minan con su soterrada presencia las «escenas junto a la vida», rótulo que en sentido general podría designar la creación jarnesiana, pues toda ella contiene una afirmación de la vida, una esperanza en el hombre y en los valores del espíritu y de la cultura, afirmación que tiene mucho que decir al hombre de hoy, tan amenazado por la destrucción espiritual y física.

VÍCTOR FUENTES
Spanish Dpt.
University of California
SANTA BÁRBARA (USA)